

ADAM

En la última guerra perdimos un amante. Teníamos un amante y, desde aquella guerra, no existe. Simplemente desapareció. Él y el viejo coche Morris de su abuela. Han pasado ya más de seis meses y no hay rastro de él. Decimos que somos una tierra pequeña, íntima, que si nos empeñásemos descubriríamos relaciones entre los hombres más alejados... y ahora es como si se hubiera abierto el abismo y el hombre hubiera desaparecido sin dejar huella y toda búsqueda fuese en vano. Si hubiera estado seguro de que verdaderamente había muerto, hubiera renunciado. Qué derecho teníamos nosotros a obstinarnos por un amante muerto cuando existían hombres que habían perdido todo lo que les era más querido, hijos, padres y esposos. Pero ¿cómo lo diría? Todavía estoy convencido de que no ha muerto. Él no. Estoy seguro de que ni siquiera llegó al frente. Y, en el supuesto de que hubiera muerto, ¿dónde está el coche, dónde se ha metido? A un coche semejante no se lo puede enterrar así, simplemente, en la arena.

Hubo una guerra. Cierto. Nos cogió de sorpresa. Vuelvo a leer los confusos relatos, trato de descender a lo más profundo del caos que nos dominó. Al fin y al cabo no era él el único que había desaparecido. Hasta el día de hoy tenemos todos, delante de los ojos, una lista de desaparecidos y algunos misterios. Parientes y familiares andan todavía recogiendo los últimos restos, ropas andrajosas, fragmentos de documentos carbonizados, plumas retorcidas, monederos agujereados, anillos de boda fundidos. Van a la búsqueda de misteriosos testigos presenciales, tras la sombra de alguien que dice haber oído algo y, dentro de esta niebla, tratan de componer la última imagen de los seres queri-

dos. Pero también ellos guardan silencio. ¿Tenemos nosotros derecho a buscar más? Al fin y al cabo, no era más que un extranjero para nosotros. Un israelí dudoso, en realidad un emigrante que vino para una corta visita relacionada con una herencia y que se demoró, quizás también por nuestra causa. No lo sé, no estoy seguro. Pero vuelvo a decir que no ha muerto. De eso estoy convencido. Y éste es el origen de la inquietud que me devora en los últimos meses, que no me concede reposo, que me empuja a los caminos para buscarlo. Más aún, hace que se me ocurran pensamientos extraños, que, en la agitación de los combates, entre el pánico y el desorden de las unidades que se desmontan y se reorganizan, hubo también algunos, aislados, supongamos que dos o tres, que aprovecharon el desconcierto para romper contacto y desaparecer. Me refiero a que, sencillamente, decidieron no volver a casa, renunciar a los viejos lazos y marcharse a otra parte.

Parece una idea loca, pero para mí no lo es. Podría decir que me he hecho experto en materia de desaparecidos.

Por ejemplo, el caso de Booz, sobre cuya desaparición aparece una y otra vez en algunos periódicos el mismo sorprendente anuncio, algo por este estilo: Padre y madre buscan a Booz, retrato de un muchacho, casi niño, joven soldado de una formación acorazada, el pelo recortado y algunos asombrosos detalles más. Al comienzo de la guerra, en tal y tal fecha, en la línea de fuego, en tal lugar, lo vieron luchando con su tanque. Pero diez días después, cuando la guerra estaba a punto de terminar, lo encontró un amigo de la infancia, un amigo fiel, en un cruce de caminos, lejos del frente, mantuvieron una corta conversación y se separaron. Desde ese punto desaparecen las huellas de Booz.

Verdadero misterio.

Pero, leyendo en los periódicos toda suerte de noticias como éstas, nos endurecimos. Nos deteníamos un momento y seguíamos pasando hojas con la mirada cansada. En esta última guerra, nos volvimos insensibles.

Pero los padres de Booz continuaban porfiando. ¿Y por qué no habían de porfiar? Habían criado a un niño durante años, lo habían acompañado al jardín de infancia, habían corrido al médico con él, le habían preparado bocadillos al amanecer cuando salía al campo de trabajo,

le habían esperado en la estación del ferrocarril cuando volvía de una excursión. Habían lavado y planchado, se habían preocupado por él en cada momento. Y, de repente, desaparece sin que nadie sea capaz de dar explicaciones de dónde está, ni de qué le ha sucedido. Todo ese aparato oficial, social, que lo había captado con tanta avidez, empieza a tartamudear. Y como los padres se obstinan (¿y por qué no habían de obstinarse?), les envían a un joven oficial, que tiene, sin duda, buenas intenciones, pero carece de experiencia; llega en un *jeep*, los hace subir y, en un claro día de invierno, los conduce durante largas horas de viaje silencioso al medio del desierto, hasta lo más profundo, por caminos que no merecen tal nombre, los conduce entre el polvo, en silencio, hacia un pequeño promontorio de arena, impreciso, sin vegetación, sin señal alguna, rodeado de un espacio inmenso y desolado. Y ese oficial, casi niño, se ruboriza, tartamudea: aquí fue visto por última vez. Hasta las rocas secas se rompen de tristeza, cómo es posible...

Digo que aquellos padres que no flaquean, que no están dispuestos a conformarse con este arenoso final junto a un promontorio desolado, que miran con odio intenso al joven oficial, contra el que serían capaces de arrojarle de tanta cólera y decepción, esos padres exigen una explicación adicional, porque, quién les garantiza a ellos que su Booz, su hijo Booz, no esté sentado en aquel momento, el pelo crecido, las ropas ligeras, junto a una playa de un mar lejano, en el puerto de un lejano país, contemplando el panorama que se abre ante él y paladeando una bebida ligera. Quizá tenía sus razones para no volver a casa, incluso a costa del dolor de su padre y de su madre. Algo le había fastidiado repentinamente o algo le había atemorizado. Y si sus padres hubiesen podido profundizar en el caso, siguiendo un pensamiento correcto, en lugar de ajetrearse entre las oficinas militares, acaso hubieran sido capaces de dar con sus huellas.

Pero cómo pueden...

También yo visité, una vez, buscándolo, una oficina militar semejante, y vi el más completo desorden, a pesar de la cortesía y las sonrisas y la abnegación. Pero esto sucedió después de dos meses o más, cuando nos convencimos de que el amante había desaparecido de verdad, que no volvería. Hasta entonces nos habíamos dicho: «Seguro que

todavía anda vagando, arrastrado por nuevas sensaciones, confundido de encontrar cosas que no conocía, ¿qué sabe él del Israel verdadero?». Aparte de esto, estuvimos tan ocupados que casi no tuvimos tiempo de pensar en él. Asia estaba todo el tiempo en la escuela, supliendo a los maestros que habían sido llamados a filas, afanándose en las horas de la tarde entre sesiones de comités de emergencia, visitando a los padres de alumnos de antiguas promociones que habían caído o estaban heridos. Regresaba por la noche, muerta, caía en la cama y se dormía instantáneamente. También yo estaba cargado de trabajo. Ya en los primeros días de la guerra, el taller se llenó de coches. Algunos clientes, de paso hacia el frente, ya uniformados, llevaban sus coches para una revisión a fondo, imaginándose que la guerra que enfrentaban sería corta, un excitante viaje de aventuras, una corta ausencia que merecía la pena aprovechar para una limpieza a fondo o un cambio de cojinetes o para pintarlo de nuevo y que, al cabo de unos cuantos días, cuando volvieran a casa, recogerían el coche y reanudarían sus actividades.

Pero no volvieron rápidamente. El espacio que había para aparcar iba llenándose, y uno de ellos tampoco llegó. Tuve que ir yo mismo a devolver el coche a casa de sus padres, estrechar la mano de los que hacían duelo, murmurar palabras de consuelo y renunciar, por supuesto, al pago, que ascendía a unos cuantos cientos. Los otros coches, los retiraron las esposas, aquellas que sabían conducir. Nunca había tratado tanto con mujeres como en aquellas semanas después de la guerra. Ellas se hicieron cargo de los coches y, poco a poco, los fueron destruyendo. Viajaban sin agua, sin aceite, olvidando incluso mirar el contador de gasolina. Sonaba el teléfono en plena noche y una voz de mujer me llamaba en su ayuda. Y yo iba, en medio de la noche, en una ciudad oscura, para encontrar, en una callejuela, a una mujer joven, una verdadera niña, sobrecogida de miedo, junto a un coche grande y espléndido, al que se le había exprimido la última gota de carburante.

Pero esta agitación cesó también y la vida comenzó a volver a su cauce. Los hombres regresaban del ejército y se paseaban por las mañanas con su uniforme caqui, sus pesadas botas, compraban artículos de consumo en los colmados, con la mirada opaca, como si hubieran recibido un mazazo en la cabeza, tartamudeando un poco. Venían a

recoger sus coches y retrasaban el pago. Iba instalándose un duro invierno. Días oscuros, inundados de lluvia. Cada vez podíamos dormir menos. Nos despertábamos en medio de la noche para oír truenos y rayos, para ir al lavabo, para encender un momento la radio. Así descubrí la profundidad del insomnio de Dafi. El hecho de la desaparición del amante empezó a afectarnos profundamente. Sentíamos casi añoranza de él, el asombro de no saber dónde estaría. Asia, inquieta, corría al teléfono cada vez que sonaba. No pronunciaba palabra, pero yo comprendía su mirada. Por la mañana, camino del taller, empecé a desviarme de mi ruta; atravesaba la ciudad baja, junto a la casa de la abuela, para descubrir un vestigio cualquiera en las persianas cerradas con la pintura desconchada; a veces detenía un momento el coche, me acercaba en un salto a la descuidada escalera, tocaba el buzón roto, suspendido sobre la nada, para ver si había alguna carta o señal para él, o de él.

No podíamos abandonarlo ni olvidarlo. ¿Quién, fuera de nosotros, podía darse cuenta de su desaparición?

DAFI

Querida Dafi, una noche en blanco; no merece la pena porfiar, pues al final volverás a llorar, niña. Ya te conozco, ya te he oído sollozar bajo la manta. Sólo si te obstinas en dormir se hace todo más enervante. El ligero ronquido de papá o de mamá, el rumor de los coches en la carretera, el viento que hace temblar la persiana del baño. Ya es más de medianoche. Habías pensado escabullirte, gordita, pero ésta es una noche de insomnio. No hay alternativa. Basta, acaba de dar vueltas todo el tiempo a la almohada, de moverte de un lado para otro, de intentar permanecer cinco minutos acostada como una muerta. Sin jugar a dormir. ¿A quién engañas? Abre los ojos, por favor, levántate, siéntate en la cama, enciende una luz y discurre cómo matar el tiempo que queda hasta la mañana.

Ya después del mediodía supe que esa noche tendría problemas. Que no conseguiría dormirme. Es rara esta premonición. Tali y Osnat llegaron a primeras horas de la tarde y estuvieron conmigo hasta la

noche. Lo pasamos bien, charlamos, reímos y chismorreamos. Al principio, un poco de los maestros, pero en esencia, de los chicos. Osnat está loca de remate; empezó a principios de año, no tiene un tema más espiritual: sólo los chicos. Al cabo de unas cuantas semanas se enamora de otro; hasta los topes. Por regla general, se trata de muchachos de séptimo y octavo que ni siquiera saben que se ha enamorado de ellos. Pero a ella no le impide urdir una historia apasionante con cualquier enamoramiento. En realidad, me resulta simpática. Fea, delgada, con gafas, y la lengua, afilada como un cuchillo. Tali y yo estallamos de risa con sus descripciones, armamos tanto jaleo que papá abrió la puerta para ver qué pasaba, pero cerró en seguida, porque Tali se había quitado los zapatos y el jersey, se había desabrochado la blusa, se había alborotado el cabello y se había echado en mi cama. A cualquier sitio que vaya se quita algo y se echa en la cama de alguien. Completamente desequilibrada. Guapa de veras, buena compañera.

Nos divertimos. Osnat, en medio de la habitación, dejaba caer las gafas sobre la nariz imitando a Schwarzy y, de pronto, en medio de la emoción, en medio de las carcajadas, más allá de la cabeza de Osnat, a través de la ventana, una nube pequeña, violácea, nocturna, se dejó flotar muy baja, tocando los tejados. Un pequeño relámpago se encendió en mi interior, en lo más profundo de mi cerebro, una sensación totalmente física. Esta noche no conseguiré dormirme, premonición, profecía. Cuando Osnat y Tali duerman profundamente, yo daré vueltas en la cama, aquí. Pero no dije nada, seguí charlando y riendo, y sólo una llama, pequeña y obstinada, ardía ya dentro de mí, como la llama piloto de nuestra cocina. Tu sueño ha huido, Dafi.

Luego lo olvidé todo, o me figuré que lo había olvidado. Se marcharon al anoecer, y yo me senté a preparar las lecciones, todavía me preparaba para una noche normal. Rápidamente analicé las dos profecías de desgracia de Jeremías y las comparé entre sí, acabé en un santiamén con las imágenes de muerte y destrucción de *En la ciudad del exterminio*. Unas preguntas estúpidas. Pero cuando abrí las malditas matemáticas, comencé a bostezar terriblemente, una fatiga extrema se apoderó de mí, quizás hubiera debido echarme en la cama y dormir, aprovechar el momento.

Pero, estúpidamente, probé aún de entender lo que querían decir las preguntas, y papá llamó para cenar, y cuando él prepara la comida y yo me retraso, se encoleriza, por el hambre que tiene y por la rapidez con que prepara todo y se lo come. Aún no ha acabado de preparar la comida cuando ya se la ha terminado.

Mamá no ha llegado todavía...

Me senté a su lado, sin hambre, sólo para darle la sensación de que no estaba solo. Casi no hablamos porque la radio transmitía el diario de la noche y estaba pendiente de él. Me preparó un huevo revuelto que no quise probar. La comida que él prepara nunca es apetitosa, aunque está seguro de que sabe cocinar. Cuando vio que yo no comía el huevo, se comió también el mío y, en cuanto salió de la cocina, tiré el resto al cubo de la basura, devolví el resto al frigorífico, prometí lavar los cacharros y me fui a ver la televisión. El programa en árabe continuaba, pero me senté a mirarlo sólo por no volver a la habitación y encontrar que las matemáticas me estaban esperando. Papá, al principio, intentó leer el periódico al tiempo que miraba la televisión. Al final, se levantó y se marchó a dormir. Es un hombre extraño. Tendré que dedicarle alguna vez un análisis especial. ¿Quién es de verdad? ¿Acaso sólo el dueño de un taller, silencioso, que se va a dormir a las nueve y media de la noche?

Y todavía no llega mamá...

Apagué la televisión y fui a ducharme. Desnuda, bajo el agua corriente, me siento realmente embriagada, el tiempo se hace dulce, desdibujado y puedo estar así horas. Una vez, papá abrió la puerta porque mamá pensaba que me había desmayado allí o algo por el estilo; permanecí quizás una hora sin oír que me llamaban. Poco a poco, el agua se fue enfriando. Había vaciado todo el depósito. Mamá volvió a gritar. Me sequé, me puse el pijama, apagué las luces de la casa, entré en su dormitorio, apagué la luz de noche de papá, le saqué el periódico de debajo. Tiene la barba espesa y descuidada, sembrada de canas que brillan a la luz que llega del corredor. Cuando lo miro dormir, se despierta mi compasión y no es natural que los niños compadezcan a sus padres. Entro en mi habitación, echo una ojeada al cuaderno de matemáticas, quizá me baje del cielo la inspiración, pero el cielo está negro,

sin estrellas, y cae una lluvia tenue. Desde que, en la última guerra, se nos murió el maestro de matemáticas y, del *Teknión*, enviaron a ese bebé, me desentendí de la materia. No está hecha para mí, ni siquiera alcanzo a comprender cuáles son las preguntas. Para no hablar de las respuestas.

Bajo la persiana y enciendo el transistor que está transmitiendo ahora canciones de ese plañidero de Sarusi. Poco a poco ordeno la cartera e, intencionadamente, no meto el cuaderno de matemáticas. Volveré a decir, por cuarta vez en este mes, que lo he olvidado. La próxima, tendré que inventar algo distinto. Por ahora, el muchacho calla, se ruboriza, como si hubiera sido él y no yo quien hubiera mentido. Todavía tiene un poco de miedo, tiene miedo de embrollarse, pero también él se recuperará pronto, se advierten señales preocupantes.

Y todavía no llega mamá. Una reunión de maestros demasiado larga; seguramente traman algo importante contra nosotros.

En la casa reina el silencio. Un silencio profundo, y entonces suena el teléfono. Corro a cogerlo, pero papá contesta antes de que yo llegue. Desde que aquél desapareció, no he conseguido llegar primero al teléfono. Papá o mamá se abalanzan siempre, tienen ya un aparato fijo junto a la cama.

Levanto el otro teléfono, el que está en el cuarto de trabajo, y oigo a papá que habla con Tali, y ella se llena de miedo al escuchar su voz adormilada. Entro inmediatamente en la conversación. ¿Qué ha pasado? Había olvidado sobre qué trataba el examen de historia del día siguiente. En realidad era por eso por lo que había venido con Osnat, a primera hora de la tarde, a estudiar historia. ¿Cómo pudimos olvidar lo esencial? También yo. Sólo que a mí no me da miedo la historia, es quizá la única asignatura de la que estoy completamente segura, un talento que me viene de mamá, retengo toda clase de detalles estúpidos y marginales. Le digo a Tali los números de las páginas y ella comienza a rebelarse contra mí, como si yo fuera el maestro de historia.

—¿Tanto? ¿Qué dices? No puede ser.

Luego se tranquiliza, empieza a cuchichearme algo referente a Osnat, pero se oye un ruido extraño en el teléfono, como respiraciones pesadas: el receptor quedó abierto en manos de papá, y él se había dormido sin soltarlo. Tali chillaba. Esa chica está completamente histérica.

Cuelgo el teléfono y voy rápidamente junto a papá, cojo el receptor, que está sobre la almohada, y lo pongo en su sitio. Ya podría tener yo la octava parte de su capacidad para dormirse.

–Vete a dormir... –dice de pronto.

–En seguida... mamá no ha llegado.

–Llegará dentro de poco. Vete a dormir, no la esperes, por la mañana estarás completamente muerta.

De nuevo en mi cuarto. Empiezo a ordenarlo. El desbarajuste de hoy, los restos que deja: vivencias, conversaciones, risas, son ahora como basura menuda que recojo y echo al cesto; comienzo a tender la cama, a airearla, descubro el monedero de Osnat y la bolsa de nylon con las compresas higiénicas que Tali lleva consigo a cualquier parte. Finalmente, la habitación va adquiriendo una cierta forma, apago la luz principal, enciendo la lámpara de noche, abro el libro por el período de la *Haskalá* y me meto con él en la cama, empiezo a leer, a prepararme para el examen, las letras se nublan, me pesa la cabeza, la respiración se va haciendo más lenta, un momento de gracia, hay que volver a atraparlo, maravilloso, me duermo.

Y entonces llega mamá, sus rápidos pasos en la escalera son como si volviera de una fiesta y no de una reunión de maestros. Nada más abrirse la puerta, ya estoy leyendo. ¿Mamá? Entra en mi cuarto, con el abrigo mojado, un montón de papeles bajo el brazo, la cara grisácea, muy cansada.

–¿Ya estáis durmiendo?

–Todavía no.

–¿Qué ha habido?

–Nada.

–Pues duerme...

–¿Mamá?

–Ahora no..., ya ves que estoy muerta de cansancio.

Ésta es la eterna canción en los últimos tiempos. Un terrible cansancio. Imposible hablar con ella, siempre está ocupada, como si dirigiese todo el mundo. Ahora, sus rápidos pasos por la casa. Se las arregla con poca luz, apresuradamente, de pie, coge algo del frigorífico, se desnuda en el baño, intenta ducharse, pero desiste inmediatamente.

Apago la luz en el acto para que no venga a gritarme que sólo he dejado agua fría. Entra en el oscuro dormitorio, papá murmura algo, ella contesta y en seguida se callan.

Vida matrimonial tranquila...

Se apaga la última luz de la casa, cierro los ojos y aún espero. Todo está tranquilo. Los pensamientos tranquilos, la cartera ordenada, la casa cerrada, las persianas echadas. La calle está silenciosa. Todo está dispuesto para el sueño y quizá duermo realmente un minuto o dos, pero entonces pasa el tiempo y comprendo que no duermo, que la llamita que duerme en el fondo del alma no me dejará descansar, y empiezo a moverme en la cama, y la extraña lucidez va creciendo. Doy la vuelta a la almohada, cambio de posición cada cuarto de hora, luego cada pocos minutos. Pasa una hora, las relucientes manecillas rozan la medianoche, pasan de largo. Ea, a levantarte, querida mía, pobre Dafi, es una noche en blanco, no merece la pena porfiar, levántate, despiértate.

Sigo la línea de luz de mis noches de insomnio. Al principio, una pequeña luz junto a la cama, luego la luz principal de la habitación, la luz del corredor, la luz blanca de la cocina y, finalmente, la luz interior del frigorífico.

Comida nocturna. De qué vale seguir una dieta durante el día si, por la noche, se golosean, silenciosamente, cuatrocientas calorías. Un pedazo de pastel, queso curado, un trozo de chocolate, lo que sobra de una botella de leche.

Luego, pesada y somnolienta, me tiro sobre el sofá del oscuro salón, frente al gigantesco ventanal delante de un gran barco, un palacio iluminado, a los pies de la montaña, en el mar invisible. Una vista esplendorosa para la gente insomne. Voy a traer una almohada y una manta; cuando vuelvo, la nave ha desaparecido ya, uno no se da cuenta de que estaba de viaje.

Una vez logré dormirme en el sofá del salón, pero no esta noche. Siento el roce del tapizado. Me quedo tumbada un cuarto de hora, media hora. Palpo la radio con la mano.

¿Qué lengua es ésa? ¿Griego? ¿Turco? ¿Yugoeslavo? Canciones agradables. Y un locutor, con la voz la mar de sexy, parlotea de prisa,

le telefonan mujeres ancianas de voces temblonas, lo hacen reír terriblemente, y él se desenvuelve con una risa libre, liberada. Casi me uno a él. Así pues, no todos duermen. Pero de pronto, desaparece, da comienzo la propaganda, de Coca Cola, coches Peugeot, una última canción, la voz de una locutora medio drogada desea, al parecer, buenas noches. Un silbido. Han cerrado la estación. Es más de la una.

El reloj sigue su marcha; al menos cinco horas hasta la primera luz. Me siento en un sillón, ya no soy capaz ni siquiera de permanecer tumbada, estoy a punto de llorar.

¿Y qué hay del hombre que teclea? Casi lo había olvidado. El hombre que teclea por las noches en la casa que está al otro lado del *wadi*. Voy al baño y, por la pequeña ventana que domina un panorama diferente, un *wadi* lateral, busco su ventana iluminada. Está allí, lo sabía, bravo por el hombre que escribe a máquina por las noches. Está sentado a su mesa trabajando con energía; mi compañero nocturno.

Lo descubrí por casualidad, hace unas cuantas semanas. ¿Soltero? ¿Casado? Es imposible saber nada. Durante el día, la casa está cerrada. Sólo por la noche aparece él, una luz solitaria, trabajando en algo, escribiendo sin parar. Cada vez decido ir al barrio del otro lado del *wadi*, identificar la casa, su nombre. Le hubiera telefonado diciéndole: «Señor mecanógrafo, lo espío por las noches del otro lado del *wadi*. ¿Qué está escribiendo? ¿Investigación? ¿Una novela? ¿Sobre qué? Escriba también sobre el insomnio, un tema que no se ha cuidado demasiado. Insomnio, por ejemplo, de una niña de quince años, alumna de sexto, que cada cuatro noches da vueltas en su cama».

Tengo lágrimas en los ojos...

Me visto rápidamente, me quito los pantalones del pijama y me pongo unos gruesos pantalones de lana; sobre la blusa del pijama, me pongo una gran bufanda, tomo un abrigo de invierno, el sombrero de piel de papá, apago las luces de la casa, abro la puerta de la calle; con la llave en el puño cerrado, bajo las oscuras escaleras, salgo a la calle. Un pequeño paseo nocturno junto a la casa. Cien metros en la bajada, hasta la curva donde se mató Yigal y volver. Si papá y mamá supieran lo de este paseo me matarían. Son las dos y media, en zapatillas, con los pies desnudos y temblando, miro las estrellas, me paseo por una calle

muerta y mojada. Un coche con las luces encendidas, entra de pronto en la cuesta, pasa junto a mí y se detiene a cinco metros. Me quedo helada en mi sitio. El coche se lanza velozmente hacia atrás. Se enciende una luz clara, me busca a mí. Piensa quizá que soy una pequeña prostituta. Doy un salto asustadísima, la llave se me cae dentro de un charco, alguien se abalanza desde el coche, una figura alta, sonriente. Recojo la llave, vuelvo corriendo, subo las escaleras velozmente, entro sin respiración, cierro la puerta con llave, me desnudo con rapidez, me meto en la cama, me tapo la cabeza con la manta.

¿Cómo terminará esta vida nocturna? ¿Qué es lo que me consume? Todo es tremendamente espléndido. Buenas amigas, mimos en casa, los chicos que empiezan a enamorarse secretamente, yo lo sé, no dicen nada, pero ya no pueden esconderlo: las miradas que me clavan en las clases, los ojos que me acarician las piernas; uno de octavo intentó incluso comenzar conmigo, con toda formalidad. Un muchacho alto, de cara melancólica, la frente llena de granos, me retuvo una vez junto a la cerca de la escuela, una hora entera, y habló sin que yo se lo impidiera. Lo sé, loco. Hasta que me libré de él.

Entonces ¿por qué es imposible dormir, incluso ahora, a las tres y media de la mañana, cuando el plan de la noche está completamente terminado y yo estoy literalmente deshecha y mañana me esperan siete horas de clase y un examen de historia, y matemáticas que no he preparado?

Vuelvo a apartar la manta, me levanto, pesada como el plomo, enciendo la luz, tropiezo con los muebles, los muevo adrede, voy a beber agua al cuarto de baño, miro con ojos apagados al hombre que escribe, que ya no teclea y apoya la cabeza sobre la máquina de escribir. Incluso él se ha dormido.

Entro en el dormitorio de mis padres, me paro a la puerta, ellos duermen y duermen, como niños pequeños. Empiezo a sollozar con voz sorda: «Mamá, papá», y me marcho.

Al principio, las primeras noches de insomnio, los despertaba, a papá o a mamá, a quien hubiera decidido. A veces a los dos. En realidad no sabía para qué; desesperada, lo esencial es que dejaran de dormir y se ocupasen de mí. Mamá contestaba en el acto, como si todo

el tiempo hubiera estado despierta, esperándome. Pero todo eso aparentemente. Apenas había terminado la frase, cuando ya se había dormido, como si hubiera sido tragada por el abismo.

Hasta que papá se despierta, lleva tiempo. Al principio musita, dice tonterías, no entiende en absoluto quién le habla, como si tuviera diez hijos; hasta que no le toco, no se levanta; pero, cuando se despierta, está completamente despejado, incluso se levanta de la cama, va al servicio, entra en mi cuarto, se sienta a mi lado en una silla y comienza a hacer preguntas: «¿Qué ha pasado? ¿Qué te preocupa? Ahora me sentaré a tu lado hasta que te duermas». Me tapa, apaga la luz, se pone una almohada pequeña detrás de la cabeza y, poco a poco, comienza a dormirse. Lo siento por él. Al cabo de un cuarto de hora, se despierta, susurra: «¿Dafi, estás dormida?». Y yo, despierta como un diablo, me callo. Entonces espera todavía un poco, se levanta sonámbulo y vuelve a su cama tambaleándose.

He dejado de despertarlos. Para qué sirve. Una vez, cuando entré a despertarlo, dijo: «Vete, he dicho que te vayas de aquí». Con una voz tan clara que me sobresalté. «¿Qué?», dije, herida. Pero me di cuenta de que hablaba en sueños. «¿Papá?», susurré. Pero no respondió.

El llanto. Buenos días. El llanto llegó. Lloro debajo de la manta, de pura lástima por mí misma, un llanto cansado, amargo. Son ya las cuatro de la mañana. ¿Qué sucederá?

Levanto la persiana, entreabro la ventana; la noche, cruel, eterna, se extiende sobre el mundo. El cielo se abre lentamente, pesadas nubes, impulsadas con lentitud, se amontonan una sobre otra en el horizonte. Brisa matinal. Pero yo voy sintiendo cada vez más calor. Retiro del todo la manta, me desabrocho los botones de la blusa del pijama, el pecho dolorido, desnudo, al viento fresco. Tiro la manta al suelo, me tumbo como una muerta, con los brazos extendidos a los lados, las piernas abiertas y, poco a poco, al olor de la lluvia, frente al pálido cielo, comienzo a dormirme. No se trata de un auténtico sueño, solamente que te haces más ligera. Desaparecen los miembros. Un pie, una mano, la espalda, otra mano, cabellos, cabeza, me acurruco como una pequeña moneda, esencia de mí misma. Lo que no quiere desaparecer es la llama cruel que se convierte en una monedita seca y ligera.

Y cuando mamá me despierta por la mañana, con voz fresca, me quita la manta de la cara (papá, al parecer, me ha tapado antes de marchar de casa), dice: «Dafi, Dafi, levántate ya. Llegarás tarde».

Me busco los ojos, ¿dónde están? ¿Dónde están los ojos que han desaparecido? Doy vueltas como en una olla de plomo y busco los ojos para abrirlos. Oigo a mamá que se está duchando, el silbido de la pava.

Finalmente, cuando se desgarran las ardientes escotillas de hierro, veo la ventana abierta, la luz, la amplitud de un cielo invernal, alto y gris. Entre él y la tierra, como una nave espacial que ha encallado, está la nube pequeña, violácea, la maldita nube que me impidió dormir.

Mamá entra, vestida, con un bolso en la mano.

–Dafi, ¿estás loca? ¿Cuánto más quieres dormir?

ASIA

¿Qué clase de excursión es ésta? Es una excursión de la escuela, pero más que excursión, es una acampada junto a una ciudad grande, montañosa, mezcla de Safed y Jerusalén. A lo lejos se ve un gran lago. Y un montón de jóvenes, tiendas grises llenas de alumnos de diferentes escuelas, no sólo de la nuestra sino también de otras, antiguos alumnos de mi colegio de las clases más avanzadas, vestidos de caqui, juventud eterna, puestos en fila, se entrenan golpeando con palos. Porque, al parecer, se trata de una guerra y, en las colinas circundantes, hay un ejército. Es mediodía y yo camino por este enorme campamento buscando la sala de profesores, saltando las estacas de las tiendas, entre espinos, rocas y la impedimenta del campamento de ollas ennegrecidas, hasta encontrar alumnos nuestros, de la clase de Dafi y también de Sara, Yemima y Warda, con faldas anchas y largas de color caqui, y al bedel Yohi y a las secretarías; toda la oficina de la escuela se ha trasladado allí con las máquinas de escribir y el archivo. Y Schwarz, vestido de caqui, con indumentaria británica, tostado y rejuvenecido, con un palo en la mano.

–¿Qué te pasa? Ya ha sonado la campana.

Y, en verdad, es como si el tañido bajase del cielo, como los esqui-

lones de un rebaño de vacas. No tenía libros, ni listas. No sabía lo que tenía que enseñar ni a qué clase entrar. Le digo:

–Es una verdadera revolución...

Y él se aferra como siempre, a mis palabras.

–Una revolución, exactamente, una revolución... –Ríe–. La gente no lo entiende... ven a ver...

De pronto, a pesar del toque, dispone de tiempo y me conduce a una pequeña gruta, una especie de hueco, y allí, bajo las piedras, hay un manojito de pruebas de imprenta de un libro de título: *La Revolución auténtica*. Pero descubro en seguida que ese texto es el viejo texto de su libro de ayuda para los exámenes de Biblia de bachillerato con sus breves explicaciones a las perícopas señaladas para los exámenes de bachiller.

Mientras tanto, el silencio nos rodea. El gran campamento está silencioso, los alumnos sentados en apretados corros y, en el centro, las maestras tricotan; alguien lee algo de un libro. Yo me siento tensa y emocionada. La palabra *revolución* no me abandona. Tengo ya ganas de llegar a mi clase. Quiero enseñar, lo deseo con ansia. Este dolor que siento en el pecho es debido a mi deseo de estar con mis alumnos. Sé que están junto a la pequeña encina, voy a buscarlos, pero ya no recuerdo cómo es una encina; miro el suelo en busca de bellotas. Desciendo por la ladera de la colina hacia el gran *wadi*. Las líneas enemigas no están lejos, al parecer. Ya no son niños los que dan vueltas, sino hombres adultos, soldados. Hombres de cabellos grises, con cascos, con armas. Las posiciones adelantadas están entre las rocas. Y el cielo comienza a nublarse hacia el atardecer.

Pregunto por la encina y me muestran una pequeña bellota en el suelo, de color marrón claro. Nosotros somos tu clase, ríen. No me importa hablar a adultos. Al contrario. Los rostros me resultan conocidos, padres de alumnos de séptimo y octavo que vienen a las reuniones de padres. Se sientan en el suelo, pero no me miran a mí; vueltos de espaldas, contemplan el *wadi*. Se nota entre ellos una especie de inquietud. Quiero empezar a hablar sobre algo general, algo como la importancia del estudio de la historia. Uno de ellos se levanta y señala hacia el *wadi*. Allí se percibe un movimiento sospechoso. Se

trata de un hombre viejo, con sombrero, que camina por el *wadi* con gran decisión, se aleja en dirección al enemigo. Se me encoge el corazón. Es como papá. ¿También él está aquí? ¿Es o no es? Camina erguido, nervioso, por el barranco lleno de piedras. Pero ¿qué revolución? —pienso. ¿De qué están hablando? Es una guerra, sólo una guerra.